

Los Austrias y su devoción a la Eucaristía

Jerónimo PAREDES GONZÁLEZ, OSA
Colegio Mayor Méndel
Madrid

Los apologistas de la Casa de Austria han construido una leyenda sobre la devoción que sus miembros habían demostrado siempre al sacramento de la Eucaristía: Rodolfo, conde de Habsburgo y fundador de la dinastía, escuchó durante una cacería la campanilla anunciadora del Viático; inmediatamente marchó hasta divisar a un sacerdote con la Sagrada Hostia que se disponía a cruzar un río; Rodolfo adoró de rodillas el Cuerpo de Cristo, cedió su cabalgadura al sacerdote y le acompañó hasta la humilde casa del moribundo; de regreso a la iglesia, y al serle devuelta la cabalgadura, el piadoso conde arguyó: «*no permita Dios que yo ni alguno de los míos suba en caballo que sé de cierto que ha llevado a mi Criador*»¹. Esto ocurría hacia 1271; según se proclamó luego, y como premio a su gesto, el Altísimo habría favorecido a su descendencia con el inmenso imperio de que gozaron.

Los Habsburgos españoles no tardaron mucho en imitar a tan ilustre predecesor. Cierta jornada en que Carlos V atravesaba la Plaza Mayor de Valladolid tropezó con el Viático; apeándose del caballo, se hincó de rodillas en el lodo sobre la gorra que llevaba. Felipe II volvió a cumplir el mismo gesto en varias ocasiones, embarrándose como su padre, «*de que se edificaron infinito todos sus vasallos y reinos*»².

En 1596, mientras circulaba por Madrid Felipe II, ya muy atacado por la gota, hizo descender al príncipe de la carroza para adorar al Santísimo; a continuación le pidió que siguiese al sacerdote, descubierto y portando una vela, diciendo que si tuviera pies también él le acompañaría; entrando en casa del moribundo, el futuro Felipe III se colocó junto a su lecho, «*y las rodillas en tierra, que nunca consintió que le pusiesen almohadilla*»³.

1. SOLÓRZANO PEREYRA, J., *Emblemas regio-políticos*, Valencia 1660, t. I, p. 343.

2. SALAZAR, J., *Política española*, Madrid 1945.

3. SEPÚLVEDA, J. de, «Historia de varios sucesos y de las cosas notables que han sucedido...», en *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, Madrid 1924, t. IV, ed. de J. Zarco.

La acción de reverenciar al Viático, aparentemente casual, formaba ya parte del ceremonial cortesano; un hecho que, a veces, coincide con momentos muy significativos de un reinado. Felipe IV lo hizo en dos ocasiones: en 1621, al salir por primera vez del Alcázar de Madrid, y en 1635, cuando regresaba de la Basílica de Atocha de Madrid de dar gracias por la victoria de Nordlingen; el propio rey interpretó su primer encuentro como una «*admirable señal*» que prometía un feliz gobierno; al hacerse público su gesto, por segunda vez «*comenzó el pueblo a alabarlo y engrandecer su piedad*»⁴. Carlos II volvería a ceder su carroza al Santísimo en enero de 1685; en esta circunstancia, el rey pareció a todos «*tan airoso, tan galán y tan bizarro*», que regresó a palacio en medio de las aclamaciones de la gente y de la corte.

Esta costumbre seguirá durante muchos años, incluso en la casa de Borbón. Carlos III siguió en varias ocasiones al Santísimo: «*Ni el aire, ni el frío, ni motivo alguno pudieron detener al rey cuando se le presentaban tan dichosas ocurrencias*»⁵, y por si esto fuera poco, acabó por hacerse obligatorio que el ejército rindiese armas y postrase las banderas ante el Viático, destinándose al menos dos soldados para acompañarle.

El fervor que los españoles tenían a este Sacramento rayaba con el delirio. Las crónicas no debían de exagerar cuando señalan el aplauso que suscitaban estas atenciones por parte de los monarcas y el gobierno⁶. Los viajeros extranjeros cuentan con asombro cómo incluso las llamadas personas «*muy principales*» se arrodillaban al paso de «*Su Divina Majestad*», sin importarles en ensuciar sus costosos trajes. Uno de esos «*turistas*» cuenta la manera en que se interrumpió una farsa teatral cuando hasta el actor que oficiaba de diablo se puso de hinojos al escuchar la campanilla que anunciaba la Sagrada Hostia.

Había sacerdotes que se hacían los encontrados con el monarca, acechando su paso en los Reales Sitios, para favorecer alguna pretensión o embolsarse los 300 rs. que solían entregar como propina en estos casos. El tintineo de la campanilla, en opinión de Blanco White, tenía un efecto mágico sobre los hispanos: «*es tan poderoso el influjo de las costumbres ... que muchas semanas después de mi*

4. CLEMENTE, C., *El machiabelismo degollado por la christiana sabiduría de España y de Austria*, Alcalá de Henares 1637.

5. MARTÍN CORTÉS, A., *Oración fúnebre*.

6. *Novísima Recopilación*, 1, 1, 2, nota 2.

llegada a Londres todavía sentía el impulso instintivo de hacer una correcta genuflexión cada vez que oía la campanilla del cartero»⁷.

Cuando el rey siente que su hora se acerca, o desde que los médicos le descubren su verdadero estado, comienzan las ceremonias de administración de los sacramentos: confesión, Viático y Extremaunción.

Felipe IV revela en sus últimas horas el mismo talante teatral de que dio pruebas en vida. Como era de rigor, la cámara del rey se llenó de reliquias, unas del Escorial, otras de iglesias y conventos de la Villa y Corte y, destacando por encima de todas, dos cuerpos incorruptos de santos: San Isidro Labrador y San Diego de Alcalá. Además, pidió el rey que, en las paredes de aquella estancia, se colgara el cuadro de Rubens: «La alegoría de la Eucaristía y de la Casa de Austria».

Después de confesar, y preguntado sobre si el Viático había de administrársele en privado o en público, el monarca optó por la segunda solución. Así, el 14 de septiembre de 1665, a las diez de la mañana, salió la Capilla Real con el Santísimo Sacramento en esta forma: «iba primero el guión, que llevaba un ayuda de oratorio, con dos pajes de Su Majestad a los lados con hachas encendidas, todos los músicos con sus maestros, cantando el «pange lingua» en contrapunto, muchos títulos, y ministros de diferentes consejos con velas, tras ellos los presidentes y grandes... Los confesores reales, en medio tres capellanes de honor con paletilla (palmatoria), manual e incensario, todos los demás pajes de la casa con hachas, seis capellanes de honor con las varas del palio; y a los dos lados dél el Presidente de Castilla, y el vicescanciller de Aragón; debajo dél con el copón del Santísimo en las manos... el Patriarca de las Indias, capellán y limosnero mayor de Su Majestad con pluvial blanco; detrás del palio los mayordomos de la casa de Su Majestad con velas»⁸. Desde el comienzo de la escalera hasta la puerta de la cámara regia se hallaban dispuestos dos hileras de guardias que bajaron las armas al suelo al pasar el Viático. En las antecámaras se quedó parte del cortejo y sólo pasaron al interior algunos grandes, los presidentes de Castilla y Aragón, y los confesores y capellanes de honor. Junto a la

7. BLANCO WHITE, *Cartas españolas*, Madrid 1977.

8. RODRÍGUEZ DE MONFORTE, P., *Descripción de las honras que se hicieron a la católica magestad de D. Phelipe Quarto... en el Real Convento de la Encarnación*, Madrid 1666.

cama del rey se encontraban ya los gentileshombres de cámara y el sumiller de corps. Hecha la protestación de fe por parte del rey moribundo, recibió finalmente a Jesucristo sacramentado. Terminada la ceremonia, la procesión se retiró por donde había venido.

Todo este ceremonial data de tiempos de Felipe II, que quería *«que se encaminase con todo aparato»*. Y no era para menos. En la medida en que se exaltaba la presencia real de Cristo en la Hostia, la salida del Viático tenía que aparejar un ceremonial especial que, si en el caso de los humildes implicaba el toque de campanas, el palio y un decente acompañamiento, en el del rey, cuando la majestad del cielo visitaba a la majestad de la tierra, daba lugar a procesiones como la que acabamos de referir.

En agosto de 1558 Carlos V decidió la celebración de varias misas por el alma de sus familiares difuntos: su padre, su madre y la emperatriz su esposa. Acabados los oficios mandó llamar a su confesor: *«¿no os parece, fray Juan, que, pues he hecho las de mis padres, también haga las mías?»*. Fray Juan de la Regla, su confesor jerónimo, convino con la extravagante devoción de su alto penitente. Se erigió, pues, un «túmulo» con luces en la capilla mayor del monasterio (Yuste), vistiéronse de luto sus criados y salió el emperador con su vela, también de luto, *«a verse enterrar y celebrar sus obsequias»*.

El 31 de agosto el emperador se vio cercado por la enfermedad: *«malo me siento»*, había comentado a uno de sus médicos. Momentos antes se había hecho traer tres cuadros de Tiziano sobre los que meditó largo rato: uno era el retrato de la emperatriz Isabel, su esposa; otro representaba la oración de Jesús en el huerto de los Olivos y el tercero –que estaba colocado en el altar mayor de la iglesia–, representaba el juicio final, conocido hoy como «La Gloria», donde aparece el emperador y la emperatriz vestidos con la blanca sábana de la mortaja. Progresión mística desde la nostalgia de los seres queridos hasta el juicio final del hombre, pasando por la Pasión del Salvador. Al día siguiente confesó y comulgó, cosa que hizo con mucha frecuencia hasta su óbito el 21 de septiembre, Carlos advirtió: *«ya es hora, dad acá aquella vela y aquel crucifijo»*, refiriéndose con el que había muerto su esposa⁹.

9. SIGÜENZA, J. de, *Tercera Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, P. III, caps. 39 y 40.

Carlos V había expresado en su codicilo, caso de ser *inhumado* en Yuste, el sitio y la forma exacta en que deseaba ser colocado: «*en medio del altar mayor ... en esta manera que la mitad de mi cuerpo hasta los pechos esté debajo del dicho altar y la otra mitad de los pechos a la cabeza salga fuera de él, de manera que cualquier sacerdote que dijere misa ponga los pies sobre mis pechos y cabeza*»¹⁰. Al emperador no le bastaba con descansar en el recinto sagrado de la iglesia, sino justamente debajo del lugar donde todos los días se renueva el misterio de la transustanciación; de este modo, el espacio que recibía el cuerpo quedaría hipersacralizado, sirviendo de garantía adicional para la resurrección futura.

La convicción de que las especies consagradas comunicaban virtudes sobrenaturales a todo cuanto tocasen, siquiera fuese indirectamente a través del sacerdote, estaba muy difundida entre toda clase de gente. Al tratar de incorporarse algo del maravilloso poder de los sacramentos, la piedad de los ingenuos y la de Carlos V marchaban al unísono.

Durante la última etapa de su vida, Felipe II padeció cruelmente los efectos de la gota. Tan baldados estaban sus miembros que cada movimiento era un calvario. Mal de los ricos, la llamaban. Lobera de Ávila la había catalogado entre las cuatro enfermedades cortesanas, junto con el «catarro», el «mal de piedra» y el de «búas» o sífilis. Que sepamos, todas, excepto la última, afectaron al monarca.

A pesar de todo el monarca aceptó resignadamente la situación. Tan sólo unas leves protestas salieron de su boca cuando los cirujanos, presionando con violencia sobre su pierna izquierda, trataron de limpiar el «apostema» allí formado: «*más siento y me duelen mis pecado*», pronunció al tiempo que le leían pasajes de la Pasión según San Mateo. Como profesión de fe católica, Felipe II hizo que se entrasen en su cámara multitud de imágenes devotas, con el fin de tener a la vista algunas de ellas. Ordenó que cada jornada le subieran alguna de las numerosísimas reliquias que había atesorado en El Escorial. Llegada la festividad de Santo Domingo, pidió que le llevaran tan sugestiva colección acompañada de solemnidad eclesiástica «*vestidos con sobrepellices y estolas... el uno llevó un brazo de san Vicente Ferrer, y el otro una rodilla de san Sebastián, y el otro una reliquia de san Albano...*». Cada portador decía la antifona y oración del santo, dándoselas a besar al rey para luego tocar con ellas sus lla-

10. Ed. de M. Fernández Álvarez, Madrid 1982, p. 101.

gas abiertas. Algunas veces se humedece con agua bendita, otra se hace leer los Salmos, parte de los Evangelios –sobre todo los relatos de la Pasión–, autores piadosos.

A primeros de agosto su confesor, fray Diego de Yepes, le declaró con franqueza lo inevitable de su muerte. Acto seguido el rey hizo confesión general por espacio de tres días, llegado a comulgar hasta catorce veces en el transcurso de su enfermedad. Cuando llega la hora de la Extremaunción, Felipe II descubre su ignorancia sobre la forma en que se aplicaba este sacramento; para instruirse en ella ordena que se le lea las normas litúrgicas y el oficio eclesiástico.

Dos horas antes de expirar, Felipe II tomó con una mano el crucifijo con el que habían muerto sus padres y con la otra una vela de la Virgen de Montserrat, y así expiró el 13 de septiembre de 1598. Era «vox pópuli» que las velas de Montserrat, manufacturadas en el monasterio barcelonés con la imagen grabada de la Virgen, eran milagrosas y muy indicadas para los que estaban en «artículo mortis»: «*que parece que solamente de la figura de Nuestra Señora tienen gran terror los demonios*»¹¹. Carlos V tuvo esta devoción y se la transmitió a sus hijos y nietos.

A la conversión de la Basílica del Monasterio del Escorial en recinto funerario contribuyeron las figuras de bulto que Felipe II hizo poner a ambos lados del presbiterio. Ejecutadas en bronce dorado a fuego, las estatuas orantes de Carlos V y su familia –del lado del Evangelio–, y las de Felipe II y su familia –del lado de la Epístola–, miran sin estorbarse al Santísimo Sacramento, conservado permanentemente en el Tabernáculo o Custodia del Retablo Mayor desde 1586.

Las imágenes de los reyes están emplazadas a conveniente distancia del altar, como indicando la distancia que existe entre la majestad terrena y la divina; pero al mismo tiempo se alzan aisladas, elevadas hasta la altura del tabernáculo, como si quisieran simbolizar el espacio que las separa del resto de los mortales. Más que hombres, menos que dioses. La continuidad iconológica con uno de los temas del retablo –la adoración de los pastores–, su colocación entre columnas de pórfido, la identidad entre el dorado de los bultos reales y

11. *Libro de la Historia y milagros, hechos a invocación de Nuestra Señora de Monserrate*, Barcelona 1594, f. 33.

las estatuas de los evangelistas y apóstoles del retablo, favorecen la incorporación de los primeros al ámbito de lo sagrado.

Un tema Eucarístico muy interesante y muy vinculado a la Casa de Austria, en concreto a Carlos II, es la historia de la Sagrada Forma que se conserva en la Sacristía de la Basílica del Monasterio del Escorial e inmortalizada por Claudio Coello¹².

La entrega formal y solemne de la Sagrada Forma al prior del monasterio se hizo el 7 de noviembre de 1597: la realizó en nombre de Felipe II su guardajoyas, y seis días después firmó la escritura Gregorio Segovia, notario público. La enumeración de reliquias y demás objetos entregados en 1597 al monasterio se inicia con la Sagrada Forma: «*Una forma consagrada un poco mayor de las que se usan en las comuniones ordinarias de España, que tiene tres notas o señales como de sangre que la pasan de parte a parte y están en triángulo; tiene de la una parte la figura de Christo y por la otra sin señal ninguna*».

Anteriormente a este documento existen otros dos y que ponen de manifiesto la preocupación de Felipe II por la veneración a ella debida. Ambos documentos están fechados en los primeros días de marzo de 1594, en Madrid el primero y en El Escorial el segundo. Se debe a una junta formada por cinco personalidades, que «*vistos los testimonios que con la dicha hostia venían*», opinan que por entonces no se le dé culto como Smo. Sacramento, y que se guarde «*en relicario común como cosa que trae muestras de alguna veneración*», hasta que se hagan más averiguaciones.

Hay otro testimonio, que es el del padre fray Diego de Yepes, prior del monasterio y confesor de Felipe II, que no debió quedar muy satisfecho con lo anterior. El parecer del P. Yepes y de otro catedrático, que él consultó, es «*que la dicha hostia es Smo. Sacramento y que puede dársele culto como tal con adoración privada y no pública, hasta que se haga suficiente y auténtica averiguación*». También que «*se ponga la dicha reliquia en uno de los relicarios de San Lorenzo hasta que, examinada y aprobada por el ordinario, se mande adorar con pública solemnidad y ponerse en el sagrario con solemne procesión*».

12. MEDIAVILLA, B., *Historia de la Sagrada Forma*, San Lorenzo del Escorial 2001.

En vista de los dictámenes se comprende que se la guardara dentro de la basílica, en el relicario de la Anunciación, altar testero de la nave lateral izquierda. Allí estuvo durante noventa años, encerrada en la misma arqueta de plata en que vino de Praga. Sólo por un breve espacio de tiempo –22 días– salió de aquel lugar y del monasterio, en la noche del 7 de junio de 1671, a causa de un incendio que duró 15 días, que arrasó y derrumbó toda la techumbre, salvándose únicamente la biblioteca y la basílica, fue trasladada a la capilla del Real Sitio («Santuario»), situada en el mismo lugar que hoy en la llamada Casa de Oficios. Volvió a su relicario el 29 de junio en solemne procesión, dándose así culto público, por primera vez, a la Sagrada Forma.

En noviembre de 1675 subió al trono español el último de los Austrias, Carlos II. A los pocos días de ser declarado mayor de edad vino a visitar el monasterio como rey. Vio entonces y adoró la Sagrada Forma, y oyó los detalles de su historia, sintiendo al punto una gran devoción hacia ella. A él se le debe la suntuosa capilla que mandó construir en la Sacristía, con su altar, retablo y camarín de jaspes, mármoles, maderas finas, bronce dorados, para su culto perpetuo, público y solemne dos días al año, 29 de septiembre y 28 de octubre. Estas obras fueron la consecuencia de la penitencia que el Papa impuso al duque de Medina-Sidonia y al primogénito del duque de Alba, D. Antonio de Toledo, para levantar la excomunión contra ellos lanzada por el prior del monasterio, al ser profanada la basílica cuando se apresó a Fernando de Valenzuela. Como los dichos señores acudieron al Rey para pedir ayuda, el monarca les ayudó. La penitencia impuesta por el papa Inocencio XI fue la de la construcción de una capilla dentro de la basílica en consonancia con su grandiosidad¹³. Al mismo tiempo el rey regaló un valiosísimo reloj: *«de lo más precioso que se puede ver, no tanto por la riqueza, aunque tiene mucha, cuanto por la disposición y gusto con que está ejecutada; y es cierto que excede a cuanto se halla en esta maravilla del mundo»*. Se la había regalado a Carlos II su tío el emperador Leopoldo I de Alemania, en 1678 fue traída al monasterio y el rey la destinó para custodia de la Sagrada Forma.

Compuesta por pedestal y tres cuerpos o partes y rematada por una estatuilla de Atlante con el mundo sobre los hombros; tenía más

13. NÚÑEZ, J., *Quinta Parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, San Lorenzo del Escorial 1999, t. 1, pp. 27-45.

de dos metros de altura, y era toda de plata sobredorada, con varias estatuillas, angelitos, bichas, columnas y adornada de innumerables piedras preciosas entre filigranas de plata blanca. En el segundo cuerpo, dentro de un gran círculo destinado antes al reloj, se puso ahora la Sagrada Forma en otra custodia pequeña del tamaño de un cáliz, mandada hacer y regalada por Carlos II.

Resolvió también el rey, más por su piedad que por el volumen de la nueva custodia sacar del relicario de la Anunciación la Sagrada Forma y colocarla en un altar propio, eligiendo para ello el que se hallaba en el testero de la Sacristía. Era de madera y Felipe IV había mandado colocar en él un Cristo de bronce dorado y de tamaño natural de Pedro de Tacca, y debajo estaba el famoso cuadro de la Sagrada Familia de Rafael, conocido con el sobrenombre de «La Perla».

Fue decisión de Carlos II que en solemne procesión se trasladara la Sagrada Forma desde el relicario de la Anunciación a su altar de la Sacristía el 19 de octubre de 1684. Se celebró una solemne función religiosa en acción de gracias, a la vez por la liberación de Viena asediada por los turcos. Asistió el rey acompañado de toda la comunidad jerónima, de su Real Palacio y Corte, terminando ante el altar donde el prior de los jerónimos, P. Francisco de los Santos, impartió la Bendición a los presentes con la Sagrada Forma. Toda esta ceremonia es la que plasmó Claudio Coello en su cuadro. Hasta la terminación de las obras de remodelación de la Sacristía, la Sagrada Forma fue llevada al Tabernáculo del altar mayor de la basílica¹⁴.

Tan pronto como se comunicó a Carlos II la terminación de las obras, resolvió el traslado definitivo de la Sagrada Forma con la mayor solemnidad. Quiso que se empezasen las fiestas el 28 de octubre, cumpleaños de la reina doña Ana de Neuburg, su segunda esposa, que venía por vez primera al monasterio.

A todas las funciones asistieron los reyes con la corte, nobles y damas, vestidos de gala, y las tres comunidades de monjes jerónimos. Se iniciaron en la mañana del día 28 con la solemne exposición de la Sagrada Forma, al final de la Misa celebrada en el altar mayor de la basílica, y se continuaron en la tarde con las Vísperas cantadas y la reserva del Santísimo, adorado durante todo el día.

14. SANTOS, F. de los, «Historia de la Sagrada Forma que se venera en la sacristía del Real Monasterio de El Escorial...», en *Documentos para la Historia del Monasterio...*, Madrid 1962, t. vi, pp. 99-137. Ed. de B. Mediavilla.

El domingo día 29 fue la traslación de la Sagrada Forma e inauguración de su nueva capilla. Se empezó con la Misa solemne y a continuación la procesión. Junto a las tres comunidades de jerónimos se añadieron muchos nobles, grandes y caballeros junto con todos los dependientes de Palacio con uniforme de gala. Entre ambas filas marchaban los coros de músicos cantando villancicos y mote-tes, acompañados de los órganos y demás instrumentos, incluido el organillo portátil de Carlos V. Ocho monjes con ricas capas de brocado portaban las varas del palio, bajo el que iba la Sagrada Forma en manos del prior. La precedían los niños del Colegio con los cuarenta candeleros de plata, y la seguían el rey y los grandes dignatarios de Palacio, teniendo todos velas encendidas en las manos. La reina con sus damas ocupaban la barandilla del coro, para ver la procesión a lo largo de la nave principal.

Por la puerta llamada «de las procesiones» salió ésta a dar la vuelta al claustro principal. Llegados de nuevo a la nave principal de la basílica, siguió la procesión hasta la Sacristía, donde se cantó un «Te Deum» en acción de gracias. A la entrada se unió la reina con sus damas, yendo al lado del rey hasta el altar, donde puso el prior la custodia. La ceremonia terminó con la bendición con el Santísimo Sacramento a todos los asistentes¹⁵.

En 1693 fray Alonso de Talavera, prior del monasterio, de acuerdo con el rey, dispuso que las dos fiestas anuales de la Sagrada Forma se celebraran los días 29 de septiembre y el 28 de octubre.

También dispuso, por último, Carlos II, que constantemente ardieran a su costa dos cirios ante el altar de la Sagrada Forma. Años después, en la primera mitad del siglo XVIII, los dos primeros reyes Borbones mandaron que el coste de los cirios se incluyesen en el gasto de «su Real cuarto y Capilla». Después de la exclaustación fueron sustituidos por dos lámparas de aceite.

15. CAMPOS, J., «El Escorial y la imagen de la fiesta barroca», en *Literatura e Imagen en El Escorial*, Actas del Simposium, San Lorenzo del Escorial 1996, pp. 327-404.